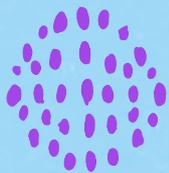


DARÍO
SZTAJNSZRAJBER



encuentro

MENTIRA
LA VERDAD.
FILOSOFÍA
CON EL CUERPO.

FILOSOFÍA



EL AMOR

LITERATURA



EDUCACIÓN

EL AMOR

Solo cuando dejemos de creer en el amor nos vamos a poder enamorar...

Dejar de creer en el amor con mayúsculas, en el amor único, pleno, normativo, omnipotente: en el monoteísmo del amor. Dejar de asociar al amor con la creencia, con la religión, con la trascendencia.

“Dejar de” ...

El amor como movimiento de salida, de escape, de desarme de uno mismo. En el amor siempre se sale, pero nunca se llega. Se sale, pero no hay un afuera. No hay un amor mejor. Todo ideal del amor sigue siendo una forma de ensimismamiento. Por eso, salir. O que nos saquen. El amor es esa incertidumbre, riesgo, osadía, pero también contingencia, vértigo, inseguridad. No sabemos lo que hay, pero sabemos que queremos irnos de aquí...

Dejar de creer en el amor para que acontezca el flechazo. Desnudarse para que nuestros cuerpos refuljan y se vuelvan vulnerables. El flechazo desarma el ideal romántico del amor porque es incalculable, impredecible, inconveniente, injusto. Pero sobre todo, porque no depende de nosotros. Nadie se enamora porque quiere. Pobre amor el que es efecto de una voluntad, de una intención, de un interés. Y pobre amor el que es resultado de una coacción, de un imperativo, de un mandato: “para ser feliz hay que enamorarse”.

“Hay que” ...

Donde termina el deber, comienza el amor. Donde hace ruido la ley, aturde el amor. El flechazo desarma la soberbia del sujeto: nadie se enamora del resultado de un cálculo. Probablemente la persona más conveniente para enamorarnos, no despierte nuestro deseo. Y probablemente el deseo siempre nos conduzca a la persona más inconveniente...

Pero tampoco el flechazo es un efecto de un dios. No hay nada divino en el amor: hay solo profanación recurrente. Cupido no apunta a nadie, sino que lanza flechazos hacia el cielo. Todo lo planificado, lo pensado, lo sabido, lo esperado, colapsa. El amor no tiene que ver con lo divino sino con el otro. Con lo otro. Lo otro que nos saca de nosotros mismos y nos derrumba. ¿Hay otra forma del amor que no sea la experiencia de un derrumbe?

Creemos que somos libres cuando amamos, pero no hacemos más que ingresar en un dispositivo previo que construye nuestra subjetividad afectiva. Amar no es más

que repetir lo que desde siempre ya supimos sobre el amor: ritos, pasos, secuencias, fórmulas, instrucciones. Seducirse, mirarse, hablarse, besarse, tocarse: la secuencia siempre idéntica que no puede prescindir de ningún paso. La cadena de montaje del amor. El amor como un producto, como una industria, como una economía. El amor como una forma de disciplinamiento. O de autodisciplinamiento: estar convencidos de que somos libres cuando amamos, mientras reproducimos burocráticamente el manual de instrucciones del amor. ¿Cómo puede ser posible un amor que escape a todos los lineamientos de lo posible? ¿Será que el único amor verdadero es el amor imposible?

Deconstruir el amor es desestabilizar la concepción que el sentido común tiene del amor. Y por eso molesta, hiere, mareta, nos tambalea, nos deja a la deriva. ¿No es la experiencia del amor una errancia infinita?

No sabemos qué buscamos, pero intentamos escapar de la dramaturgia teológica del amor único, del amor completo, del amor absoluto. Es que no se trata de crear sino de crear. Crear en cada experiencia del amor al amor mismo: que no haya amor, sino amores. Como si cada encuentro entre los cuerpos fuese siempre original, siempre distinto, siempre el primero...

Deconstruir el amor romántico no es abjurar de todo romanticismo, sino todo lo contrario: es recuperar lo romántico pero despojado de mandatos, de esencialismos, de metafísicas, de represiones. Dejar que se provoque el acontecimiento romántico sin expectativa, sin plan, sin meritocracia, sin ansiedad ortodoxa, sin la necesidad de hacer encajar cada historia de amor en el guion impuesto del romanticismo ideal. Descentrar para que cada encuentro amoroso sea su propio centro.

Por eso, si el amor es el otro, no puede haber una otra mitad. No puede haber sutura. La finitud no se resuelve: se vive. Pero el ideal romántico dota al amor de ese poder salvífico: nos hace creer que podemos volver a sentirnos completos. Para ello, el ideal romántico del amor transforma a la finitud en un defecto. Vale entonces preguntarse: ¿y si no somos una mitad? ¿Y si la falta no es una imperfección?

Pero sobre todo, la gran paradoja del amor es que la prueba de nuestra finitud es justamente la presencia limitante de ese otro al que paradójicamente buscamos

para dejar de ser finitos. Enamorarnos del otro para que nos complete redobla la imposibilidad: no solo el otro nunca cierra, sino que, no tiene que cerrar para que siga habiendo amor, para que siga habiendo un otro.

El amor es el otro. Por eso es imposible. Pero que sea imposible no significa que no sea posible, sino que como un fantasma asedia toda historia de amor. El amor, un imposible que cuando se vuelve posible, nunca cierra. El amor es ese resto que desestabiliza toda concreción: es tan imposible que no podemos convencernos de que alguna historia de amor lo concrete. Es esa presencia espectral que nos recuerda que no podemos dar por definitiva nuestra búsqueda. De ahí, su incomodidad. Como en el mito platónico del nacimiento de Eros: su padre, Poros, los recursos; su madre Penía, la indigencia. El amor es al mismo tiempo deseo y falta.

Salirse del achatamiento, del encorsetamiento, de la devaluación del amor que no solo se imprime desde el sentido común sino sobre todo desde sus instituciones. El fantasma asedia y aterra: ¿y si todo contrato es siempre una traición? Si el amor es el otro, ¿cómo pensar las instituciones del amor? ¿No hay en todo acuerdo una prevalencia del yo más que del otro?

Y no se trata de decidirse o no a ingresar en un pacto monogámico. Se trata una vez más de estructuras. El dispositivo de la monogamia excede cualquier decisión personal, pero sobre todo excede cualquier trasfondo afectivo: la monogamia es una cuestión política. Un orden previo que delinea los modos de amaestramiento del amor. Un amor domesticado que administra nuestras fuerzas productivas. Nada le conviene más a nuestro sistema productivo que la homologación entre el amor y lo doméstico. Dosificar las energías eróticas para su buen rendimiento en el trabajo enajenado. El matrimonio, la monogamia, pero sobre todo la pareja como dispositivo normativo que normaliza la corrección del amor. Si el amor es el otro, ¿por qué reducir al otro solo a una única persona? ¿Podemos pensar al amor por fuera del dispositivo de la pareja? ¿Qué es en definitiva amar al otro?

Solo cuando dejemos de creer en el amor nos vamos a poder enamorar.

¿Será que el único amor verdadero es el amor imposible?

¿No es la experiencia del amor una errancia infinita?

¿Hay otra forma del amor que no sea la experiencia de un derrumbe?

MENTIRA LA VERDAD. FILOSOFÍA CON EL CUERPO.

CAPÍTULO: EL AMOR

https://www.youtube.com/watch?v=A-6-65AGUTg&list=PLZ6TIj4tHEIu8WJ6RxMGdLU-mRXD_GVVk&index=3&ab_channel=CanalEncuentro

